5. CON EL GENERAL MELO: LA CONTRARREVOLUCIÓN

Eran ya muchas las señales de peligro para la revolución del medio siglo y las iniciativas aprobadas en el Congreso de 1850-1851, cuando el coronel Juan José Nieto asumió la gobernación de la provincia de Cartagena el 1o. de enero de 1854. El régimen del presidente Obando se tambaleaba. Para defender las conquistas revolucionarias se hacía necesario emplear todas las artes de gobernar en que López de Santa-Anna le había adiestrado por ósmosis lejana en Turbaco, antes que este controvertido personaje regresara a Mexico como dictador proclamado.

En efecto, a nivel nacional, los artesanos se seguían quejando en vano de la libertad de comercio que tanto afectaba su producción la cual iba, además, cayendo en manos de mercaderes o compañías pudientes, los "monopolistas". Los obispos católicos, con síntomas de cisma, se habían declarado en rebeldía contra las autoridades civiles. La burguesía comercial antioqueña amenazaba con independizarse y anexar su provincia a los Estados Unidos de América. En Bogotá y la sabana había aparecido una guerrilla popular encabezada por un abogado, José Raimundo Russi, que buscaba hacer justicia a los ricos para ayudar a los pobres. El ejército estaba descontento por habérsele disminuido el pie de fuerza y, con ello, su importancia relativa en el país. La nueva Constitución de 1853 se había recibido con displicencia, y el partido conservador, desconociéndola aunque en el fondo se beneficiara de ella, volvía a amenazar con la guerra civil.

Una gran desilusión para Nieto y sus más fieles amigos

5. ELEMENTOS DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

El clímax de la revolución del medio siglo fue la toma del poder en Bogotá el 17 de abril de 1854 por los militares y artesanos unidos, encabezados por el general José María Melo y el doctor Francisco Antonio Obregón, de la Junta Central Democrática. El gobernador Nieto maniobró para apoyarlos en Cartagena, pero se vio frustrado por falta de coordinación y contacto con la junta /1/. En cambio, se le vino encima el general Mos-

1. Junta Central Democrática: Certificación del general Mosquera ante la Corte Suprema, 28 de marzo, 1855, en Autodefensa, 55; Agustín Codazzi, *Resumen histórico de los acontecimientos que han tenido lugar en la República* (Bogotá, 1855), 3 (FP, No. 8); Gustavo Vargas Martínez, *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo* (Bogotá, 1972), 67-74. El doctor Francisco Antonio Obregón en Manzanares: Alarcón, 135.

Sobre la figura de Melo y su significación, véase la interesante defensa del general Gabriel Puyana García, *Melo: ¿soldado de fortuna o infortunado militar?* (Bucaramanga, 1967); Alirio Gómez Picón, *El golpe militar del 17 de abril de 1854* (Bogotá, 1972), entre muchas obras escritas sobre este importante periodo. Melo como mal marido (opinión de Codazzi): Autodefensa, 29.

Calzados y descalzos en Cartagena: Autodefensa, 34 (Unión Constitucional).

Puesto militar de Sampués: Autodefensa, 48, 56.

Germán Piñeres en Barranquilla: Certificación de Mosquera, Autodefensa, 56.

Pronunciamiento de la guarnición cartagenera y otros, 5-6 de mayo, 1854: Informe de Juan José Nieto al secretario de guerra, Cartagena, 27 de mayo, 1854, Autodefensa, 45-47; Certificación de Mosquera, Autodefensa, 58.

era ver cómo aquéllos distinguidos compañeros liberales que en 1848 se habían proclamado socialistas, ya en 1853 estaban timoratos y en trance de regresar a sus familias pudientes y compañeros de la burguesía dominante. [A] Los gólgotas, con Murillo, los hermanos Samper y Camacho Roldán a la cabeza en Bogotá, retrocedían de los "extremismos" de la Escuela Republicana, abandonaban a "los de ruana" en las Sociedades Democráticas, ayudaban con armas a "los de casaca" en violentos encuentros callejeros y en la plaza de toros, y tendían puentes hacia la oposición conservadora, aún con mayor tesón luego que el presidente Obando declarara que las ideas de aquellos gólgotas eran "doctrinas dañosas que han dejado confusión". "Hay que sacar la república de los antros oscuros de la utopía", añadía el presidente, dando así otra muestra de la ambigüedad e indecisión que harían de su corto mandato un verdadero desastre personal y nacional.

La deserción de los gólgotas cartageneros, cuya figura principal resultó ser Núñez, se había producido antes que en la capital. El preludio de la crisis había sido la polémica de 1849 con los artesanos de la Sociedad Democrática para convencer a éstos de que se hicieran un haraquiri económico y, por razones de ahorro individual, aceptaran la competencia de los artículos más baratos importados. Un resultado de esta discrepancia fue la publicación separada de El Artesano. Pero las reuniones de la Sociedad se suspendieron hasta cuando el doctor José Manuel Royo logró reavivarlas con clases nocturnas, como al principio.

Con la radicalización progresiva de las posiciones, se trasladó a la política la tradicional distinción cartagenera de los bailes y fiestas entre "calzados y de casaca de lino", por una parte, y "descalzos" por otra. Los "descalzos", eran los artesanos, campesinos, negros e indios. Los "calzados", esto es, los blancos con derecho a bailar con las mujeres de todas las razas y en todos los sitios, se reunieron en una contrasociedad que bautizaron Unión Constitucional, en la cual ingresaron muchos conservadores y antiguos liberales como el doctor Antonio González Carazo (iniciado con Carmona en la guerra de 1840), personaje variable como una veleta que se moverá a la sombra de Nieto hasta lograr desplazarlo del gobierno once años más tarde. También desertó el compañero boticario José Araújo, aunque ya era diputado a la Cámara provincial con votos de artesanos y del pueblo. Núñez renunció a

quera, quien le quitó las tropas de la guarnición local para hacer su propio ejército contra Melo e iniciar la campaña del norte por el río Magdalena /2/. Nieto fue acusado ante la Corte Suprema por su complicidad con los revolucionarios, cuando se reestableció el gobierno constitucional en diciembre del mismo año. Logró una absolución parcial /3/.

En 1855 comenzó la represalia sangrienta de los conservadores. En la región de Mompox, especialmente, ésta tuvo expresiones extremas y polarizó más la población /4/. Había que castigar a los revoltosos socialistas y comunistas de los seis años anteriores que tantos sustos habían dado a los tradicionalistas. De la reacción violenta, que fue ya más aguda y vociferante que la de las guerras civiles anteriores, Nieto no saldrá a flote sino cuatro años más tarde, como caudillo de una revolución regional.

[A] La reacción de 1854-1855 nos da la oportunidad de examinar con detenimiento y fines pedagógicos, algunos de los elementos principales que caracterizan una ***contrarrevolución.***

Proclama de Nieto, 6 de mayo, 1854: ANC, Hojas de servicio, tomo 32, fol. 1.055.

2. Mosquera en Calamar y Barranquilla: Codazzi, 4; Certificación de Mosquera, Autodefensa, 56.

Plan de "levantarse" con la Costa: Autodefensa, 22-23, 65.

Enfrentamiento entre Nieto y Mosquera e incidente del bastón, 26 de mayo, 1854: Autodefensa, 13, 25, 30; Codazzi, 5-6; Certificación de Mosquera, Autodefensa, 57-58. Los pedazos del bastón se conservaban en el Museo Histórico de Cartagena (en parte hoy en el Palacio de la Inquisición). Revolución en Ciénaga: Codazzi, 7, 17; Autodefensa, 59.

3. Juicio contra Nieto en la Corte Suprema: ANC, Hojas de servicio, tomo 32, fols. 1.055-1.069; Autodefensa, 2, 42, 43, 53, 63-65.

4. Violencia en Mompox y en Loba: Carta de un liberal, impresa como Los rebeldes de 1851 conspirando en Mompox en 1855, Santa Marta, 1o. de septiembre, 1855, FP, No. 4.

El caso del padre Manuel E. Díaz, de Loba: Los rebeldes de 1851, 1; AGB, Gaceta oficial del Estado de Bolívar (Cartagena), No. 43 (mayo 30, 1858).

Chambacú godo contra Ternera liberal: Autodefensa, 60-61.

Desconocimiento de José Hilario López por ser liberal: Autodefensa, 27.

la secretaría de gobierno que le había ofrecido el gobernador Nieto en 1852, resultó electo representante a la Cámara Nacional por la provincia de Chiriquí (Panamá), y viajó a Bogotá en enero de 1853. Allí logrará sobrevivir, medio escondido, la revolución de los artesanos del año siguiente.

Nieto recibió informes confidenciales que los conservadores de Antioquia pensaban invadir la provincia de Cartagena como en 1841, aprovechando el "camino padrero" de Ayapel por donde se movían las recuas y el ganado entre ambas regiones. Inmediatamente reforzó el puesto de Sampués con 25 soldados veteranos, dos oficiales y 200 fusiles a discreción; entró en contacto por carta con los gobernadores liberales de Mompox y Santa Marta para coordinar la acción defensiva; y envió a Barranquilla a su amigo momposino, el antiguo "Alacrán" Germán Piñeres, para que, en chaques de negociar ganado, averiguara la real situación de la plaza.

También escribió Nieto al presidente Obando y a su esposa doña Timotea Carvajal cartas íntimas para informarles de los peligros existentes y pedirles indicaciones sobre cómo actuar en defensa del régimen liberal. ¡Podían contar siempre con el apoyo del gobernador de Cartagena! Pero las respuestas de Bogotá nunca fueron claras ni entusiastas. Al contrario, indicaban una situación enfermiza en Obando, como descorazonado e irresoluto, perdido en la presidencia, lo opuesto a la imagen mítica de gran caudillo popular que le había llevado al poder.

En compensación, a la directiva de la Sociedad Democrática de Cartagena y a militares vinculados directa o indirectamente con el sector artesanal (Nieto como coronel de la Guardia Nacional, y los capitanes Pío Ricaurte y Félix Cifuentes, de la misma Guardia) llegaron circulares secretas preparadas en Bogotá por una nueva Junta Central Democrática que quería asumir la coordinación de todas las Sociedades Democráticas del país. (Esta importante Junta, de gran trascendencia en ese crucial momento, estaba presidida por un paisa antioqueño que había sido por un corto tiempo gobernador del Estado Soberano de Manzanares en Santa Marta, con el Supremo Carmona: el abogado doctor Francisco Antonio Obregón; a ella también pertenecían el doctor Lorenzo María Lleras, el joven Lisandro Cuenca, el general José María Melo y varios artesanos bogotanos, luego mártires: Camilo Rodríguez, el zapatero José Vega y el herrero Miguel León).

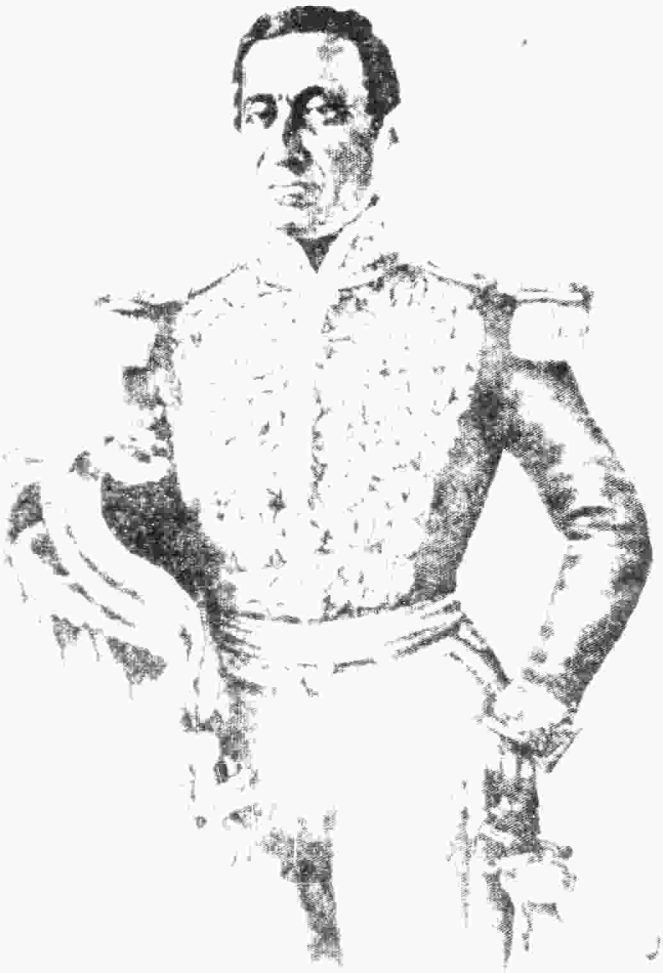
Germán Piñeres, editor de El Alacrán y agente de Nieto en Barranquilla.

El propósito era, por supuesto, preparar a los artesanos para defender el gobierno liberal, promover la derogación de las leyes sobre libre cambio, conseguir la implantación de tarifas proteccionistas y, en fin, "salvar de la anarquía el país, a donde lo llevan los conservadores y los gólgotas". Las circulares daban a entender que el presidente Obando estaba enterado y de acuerdo con todos esos procedimientos.

Estas comunicaciones de la Junta Central, que se sepa, también llegaron a dos militares de Riohacha y a dos de Barranquilla (uno de ellos el ya mayor Ramón Antigüedad, aquel famoso cojo santanderista que comandó por unos días el Estado Soberano de Cibeles), y seguramente fueron despachadas a militares y directivos de muchas otras Sociedades Democráticas en la Costa y el país. Los artesanos, pues, se movían hacia la vanguardia para hacer fraguar definitivamente la revolución del medio siglo en su propio provecho como clase social, antes de que se desplomara el gobierno amigo de Obando y para impulsarlo más aún. [B]

La incógnita sobre la conducta del ejército en caso de revuelta se tendía a resolver con la presencia del general Melo en la Junta Central: había entendimiento militar-artesanal. Ambos sectores podían beneficiarse de una acción conjunta. Por su parte, Melo —quien no pertenecía a la aristocracia territorial ni a la burguesía comercial— era un distinguido y eficiente militar de carrera deseoso de defender su institución amenazada por proyectos presentados al Congreso por Murillo Toro, Ancízar y otros gólgotas, proyectos que ordenaban la eliminación final del ejército así como la del grado de general. Y los artesanos, por su parte, ocuparían el gobierno, ganarían sus metas y, por primera vez en la historia, Colombia vería a una clase popular desplazar del poder a los grupos dominantes tradicionales.

Presionado por los proyectos parlamentarios y por acusaciones personales de homicidio involuntario, Melo consultó la estrategia que debía seguirse con el doctor Obregón, el presidente de la Junta Central. Ambos creían que muchos gobernadores de provincias, como Nieto en Cartagena, respaldarían una solución de fuerza que, como la caída de una piedra de centella, aclarara el ambiente nacional. Lo ideal era desconocer la Constitución de 1853 que ni el presidente quería, convertir a Obando en dictador, e imponer los cambios desde arriba.



General José María Melo, cabeza de la revuelta militar-artesanal de 1854 en Bogotá.

La historia del golpe militar-artesanal del 17 de abril de 1854 ampliamente se conoce. De seguro los primeros sorprendidos fueron los comisionados de la Junta Central que acudieron a palacio a poner la revolución a órdenes del presidente. Obando paladinamente negó que estuviera enterado, y le entraron los reatos constitucionales y legales de que había hablado ya en su discurso de posesión de la gobernación de Cartagena en 1849. Inesperadamente, no quiso ser dictador. Invitó, en cambio, a dar el golpe y, de una vez, dejó a Nieto y a millares de seguidores draconianos en todo el país con los crespos hechos.

La noticia del golpe llegó a Calamar, por el río Magdalena abajo, a las diez de la noche del 1o. de mayo siguiente, llevada por un posta que seguía a Cartagena para informar al gobernador. Pero antes que Nieto, allí en aquel puerto y en aquella hora, supo también la noticia el expresidente general Mosquera quien acababa de regresar de un viaje de negocios en Nueva York e iba en camino para la capital. Como lo haría una hada madrina maligna, aparece de nuevo Mosquera atravesado en el camino de Nieto para sembrarlo de obstáculos. Ya no son trupillos espinosos como los de la vera de la trocha de Cibarco en los años infantiles de Juan José, sino verdaderos cactus venenosos que disparan espolones a uno y otro lado. De muy poco habrá servido el generoso gesto de amistad en la tenida de la logia cartagenera que sólo algunas mariapalitos de la violencia habían tratado de empañar.

Mosquera, en fin, detiene su viaje y vuelve río abajo a Barranquilla para esperar el desarrollo de la situación. Pero quizás llevaba también otros designios: según Nieto y Juan Manuel Pérez, gobernador de Santa Marta, "corría el rumor confirmado [...] que había un plan encabezado por Mosquera para separar en aquella ocasión las provincias de la Costa Atlántica, desentendiéndose de la suerte que pudiese caber al gobierno en las del interior". El zarpazo, igual al que había concebido Carmona en 1840, lo daría con las tropas veteranas de Cartagena para lo cual el héroe de Tescua necesitaría de la cooperación de Nieto.

Pero Nieto no podía dársela. Su compromiso era con los artesanos y con Obando, aunque se encontrase desconcertado por la forma concreta que tomó el golpe en Bogotá. Ahora se sentía desarmado y sin saber qué hacer: si se pronunciaba abiertamente estaría impulsando la línea militar autoritaria, lo

Los elementos contrarrevolucionarios pueden estudiarse estructural o coyunturalmente. Los elementos estructurales se arraigan en el proceso histórico-natural y encuentran su razón de ser en la formación social y la estructura de clases; por lo mismo, son elementos cuyo juego se relaciona ante todo con *cambios significativos* o profundos en la sociedad y la cultura. Los coyunturales dependen de circunstancias tácticas y aleatorias cuyo juego se relaciona mayormente con *cambios marginales* en la sociedad (O. Fals Borda, *Revoluciones inconclusas en América Latina*, México, 1978, 10ª. edición). Vamos a examinar estos elementos como se manifestaron para detener la marcha de la revolución del medio siglo en la Nueva Granada.

1. *Elementos estructurales*. El elemento contrarrevolucionario que primero aparece en las circunstancias estudiadas es el surgimiento eficaz de una *conciencia de clase defensiva* en los sectores dominantes de la sociedad granadina. No fueron los artesanos solos los que desarrollaron una conciencia clasista, para convertir su conglomerado de una clase en sí en otra para sí, sino que, por reacción dialéctica, también indujeron la conformación de una conciencia similar en sus oponentes, cuyos diversos sectores (antes a veces enfrentados) se unieron ahora tácticamente.

Esto no quiere decir que las oligarquías no tengan conciencia de sí mismas en tiempos normales. La tienen, pero de manera latente, porque su exteriorización muchas veces no sale del plano subconsciente. En Cartagena, por ejemplo, las diferencias sociales y raciales eran evidentes en 1850 y no había necesidad de enfatizarlas. Pero al ponerse en entredicho la estructura social total, la conducta subconsciente (asimilada, no reflexiva) se abrió a la realidad. Esta conciencia resurgente convirtió a los sectores dominantes unidos en un martinete bélico cuya fuerza fue subestimada por los artesanos y militares revolucionarios de 1854.

Central en este proceso autoconcientizador de las clases altas es la aparición de la antiélite ideológica: ella es un toque de alerta para los grupos dominantes. La existencia de un sector de jóvenes rebeldes distinguidos conmueve a fondo, y si el proceso no se corrige a tiempo, la antiélite puede llegar a las metas del cambio. Pero, como vemos en el caso cartagenero y granadino, la antiélite no es constante sino que sufre un proceso de *cooptación* mediante la cual sus miembros se van sometiendo a las presiones de los grupos madres originales, sea por tenta-

cual iba contra sus más arraigadas convicciones, y quedaría incumpliendo sus deberes legales; si no se pronunciaba, estaría, por omisión, cooperando con sus enemigos conservadores.

El nudo gordiano había que cortarse. Pero quien lo hizo no fue el gobernador, sino el capitán Pío Ricaurte, de la Guardia Nacional. Al frente de las tropas de Cartagena, a las dos de la tarde del 5 de mayo de 1854, Ricaurte se rebeló y desconoció la autoridad de su jefe, el coronel Camilo Mendoza, quien huyó a esconderse en una casa de putas. Ricaurte se había colocado ya en la gorra la escarapela roja de la revolución artesanal: "¡Vivan el ejército y los artesanos, abajo los monopolistas!". Y empezó a marchar con la columna hacia el palacio de la gobernación.

Mientras tanto, una comisión de la Sociedad Democrática llegó al despacho del gobernador Nieto para comunicarle que "estaban dispuestos a declararse en favor del gobierno provisorio" del general Melo. Los artesanos y mucha gente del pueblo habían empezado a arremolinarse frente al palacio y en la cercana plaza de la catedral. Nieto, colocado entre la espada y la pared, aprobó más que resistió el pronunciamiento porque, como lo publicó al día siguiente en una proclama al pueblo, dijo: "Empiezo por manifestar que simpatizo con los acontecimientos que han tenido lugar en la capital de la república, en cuanto los creo necesarios para de algún modo salir del estado de anarquía en que nos encontramos, dando otra forma a la administración de la república".

No obstante, el gobernador se opuso a la acción militar, dando origen a lo que sus enemigos después consideraron como una farsa. Estos hechos le llevarían a los estrados de la Corte Suprema de Justicia, como reo. Aduciendo que "soy un empleado público con deberes que cumplir", Nieto maniobró para que su propia autoridad legal no fuera desconocida por la tropa, la cual, constitucionalmente, no era deliberante y quedaba a órdenes superiores del gobernador. Así, ya en la plaza, mientras los soldados y la gente del pueblo daban vivas al gobierno revolucionario y procedían a firmar un acta de apoyo, Nieto, acompañado de su hijo Lope y de su pariente político Antonio López Tagle, se les colocó de frente e intimó al capitán Ricaurte a volver a la obediencia del gobierno.

"¡Usted no tiene nada qué hacer aquí!", replica el capitán,

Un posta. (Dibujo de Torres Méndez).

y le vuelve la espalda a Nieto. Ordena altivo a los soldados preparar los fusiles para disparar al gobernador.

"¡Aquí me haré obedecer o moriré, no me retiraré!", contesta Nieto mientras Lope amartilla una pistola para defender a su padre y la dirige al pecho de Ricaurte.

"¡Atrévete y verás, canalla!" le grita Lope al capitán. Este vacila y baja el brazo. No es capaz de matar a sangre fría a quien es su amigo y compañero, más que jefe. "¡Armas a discreción!" recapacita el capitán, y prosigue a dialogar con Nieto en compañía con otros oficiales sublevados.

Al ver la debilidad del ejército, un gran número de gente joven —los "ultra-liberales", como dijo Nieto— empezaron a gritar y amenazar. Anticipando lo peor, un oficial dirigió un cañón al lado del tumulto, y al verlo los jóvenes corrieron a esconderse dando gritos y llamando a las armas.

Para evitar mayores males, Nieto exigió entonces tomar el mando de la tropa y la condujo de vuelta al cuartel. Había evitado una matanza y la asonada no había dado sus frutos: en efecto, quedaban las autoridades legítimas locales en su lugar. Según lo informó el gobernador poco después en un informe al secretario (ministro) de guerra, "su plan era dar tiempo a la reflexión de los que habían tomado parte en el suceso, o lo que era lo mismo, halagar el monstruo para domesticarlo". Pero sus enemigos no habrían de creer nada de esto sino que, por el contrario, acusarían a Nieto como el verdadero jefe de la revolución en Cartagena.

En la noche del 5, el gobernador organizó rondas de ciudadanos para inspirar confianza a su actitud. Para ello hizo venir a los negros de su hacienda de Alcibia y del caserío de Ternera, que le eran fieles, y comisionó a Lope para que patrullara las calles con otros parientes y amigos. Claro, no faltaron gritos de apoyo a Melo, Nieto, Obando y la revolución. Además, por prudencia, Nieto dio orden de alistar caballos en la parroquia del Pie de la Popa para salir a las provincias de sabanas, hacia Sampués, para preparar la defensa con el personal y las armas que había colocado allí. No fue necesario viajar: a los tres días, la tropa y los oficiales se habían calmado del todo y Nieto volvió a instalar en su puesto al comandante general, coronel Mendoza.

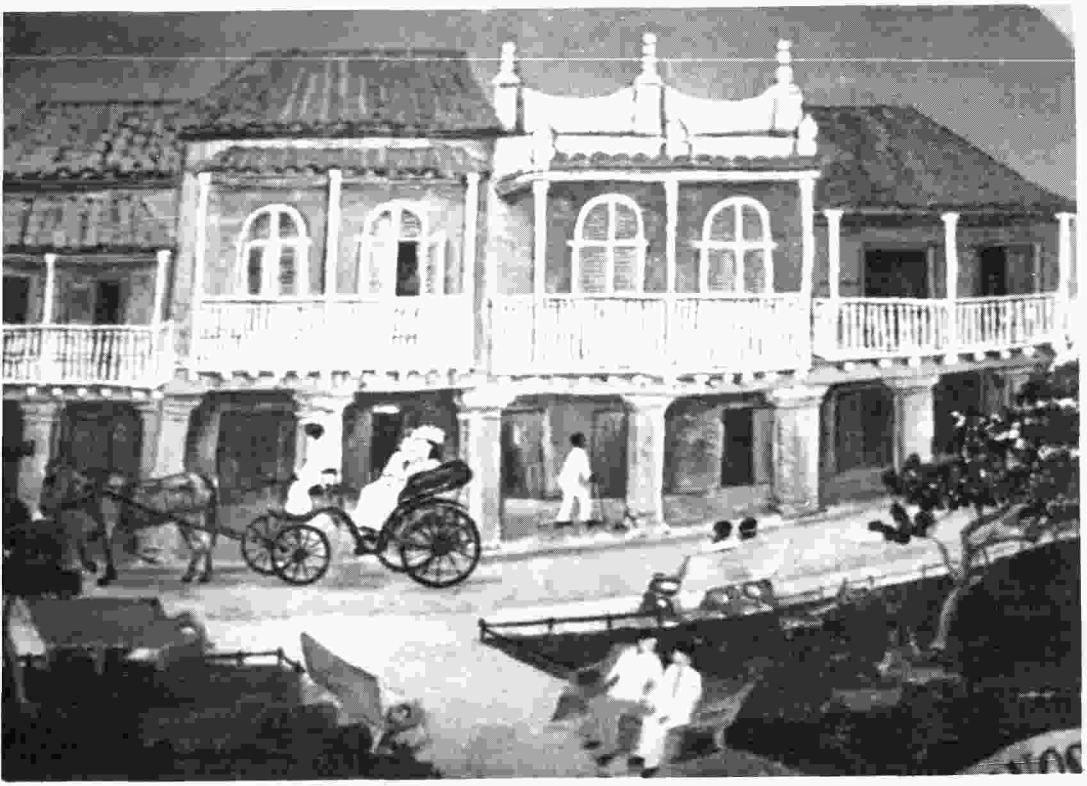
El gobernador de Cartagena no estuvo solo en su actitud a favor de la revolución militar-artesanal de Melo. Según cuenta hecha después por el coronel Agustín Codazzi, jefe

Soldados de la Guardia Nacional (1854).(Dibujo de Torres Méndez).

de estado mayor del ejército contrarrevolucionario que Mosquera organizó en la Costa, de las 21 provincias de la región, 10 estaban en manos de melistas, 4 prontas a moverse al menor descuido, 4 muy lejanas y 3 indiferentes. Especialmente sangrienta fue la resistencia de Ciénaga (¡apenas con 30 fusiles malos y escopetas!), sometida por el general conservador Joaquín Posada Gutiérrez sólo a finales de julio. El gobernador de Santa Marta, Juan Manuel Pérez, procedió como Nieto y fue, por eso mismo, igualmente castigado. El de Sabanilla, Luis J. López, estaba listo a pronunciarse junto con los señores Nicolás Paz, Miguel de Vengoechea y Diego Castro, cuando les cayó Mosquera desde Calamar. En el resto del país, como se sabe, tampoco fue fácil refrenar la insurgencia popular, con graves hechos en Cartago (por el gobernador Carlos Gómez a favor del golpe), Bucaramanga (el general Collazos), Tunja (el gobernador Segundo de Castelblanco), Antioquia (el gobernador Pabón) y Cauca (el gobernador Antonio Mateus). Sólo faltaba mayor coordinación central, noticias y órdenes desde la capital y de la Junta Central Democrática. Pero ni Melo ni Obregón —el autor intelectual del golpe— pudieron desbordar la sabana de Bogotá y perdieron la oportunidad de llegar a Honda y controlar así la vital comunicación por el río Magdalena. [D]

En cambio, a Nieto le llegó, el 19 de mayo, la maldita visita de Mosquera desde Barranquilla. Venía por las tropas, sin autoridad ninguna para llevárselas, y pasando por alto las disposiciones legales sobre las funciones y derechos de los gobernadores al mando de tropas nacionales, como era el caso de Nieto. Pero Mosquera ya anticipaba su nombramiento de comandante general del Atlántico, Istmo y Mompox (le llegaría el 6 de junio siguiente), por los mensajes informales recibidos desde Ibagué, donde funcionaba exiliado el gobierno constitucional. Este estaba presidido temporalmente por el primer designado, general Tomás Herrera, el mismo que se había candidatizado para gobernador de Cartagena, en competencia con Nieto, en 1853.

Recordando los rumores sobre las secretas intenciones separatistas de Mosquera, y esperando aún cualquier directriz del gobierno provisorio de Bogotá, Nieto se negó a entregar las tropas. Así colaboraba indirectamente en el afianzamiento inicial del movimiento revolucionario. Además, hizo ver que el expresidente no podía imponerle nada legalmente. Durante seis



Cartagena. Frente a estas casas del parque de Bolívar ocurrió el incidente entre Ricaurte y Nieto, a raíz del golpe de Melo. (Mural en el hotel Plaza, Cartagena).

días intrigó Mosquera para burlar a Nieto: convenció —o más bien asustó— al coronel Mendoza y otros oficiales, entre ellos al mismo capitán Pío Ricaurte que había encabezado la asonada del 5 de mayo (Ricaurte morirá en Bogotá en diciembre en condiciones misteriosas, después de acompañar a Mosquera en su campaña). Así logró llevar buena parte de la tropa con sus equipajes al muelle del Arsenal —situado detrás de la calle Larga de Getsemaní, al lado sur de la bahía— para embarcarla en la goleta Nicolasa, al mando del capitán Federico Suárez. Quería llevarlos a Barranquilla, donde Mosquera tenía su cuartel general y desde donde procedería, al mes siguiente, a la campaña por el río contra Melo, en coordinación con los ejércitos de Herrán y López, que también se movilizaban hacia Bogotá desde el sur del país.

Crécese entonces Nieto y demuestra el apoyo popular que tenía. En la mañana del 26 de mayo se presenta en el cuartel y pronuncia una arenga recordando el respeto debido a su autoridad. Cincuenta veteranos le obedecen y salen del cuartel con el gobernador. Gran cantidad de gente se les suma. Algunos piden a gritos que se arreste y ejecute a Mosquera. El Arsenal se cierra en firme, los bongos del muelle se embargan, los bogas y carreteros del equipaje se dispersan para apoyar a Nieto y sabotear la salida de la tropa. Los marineros y el segundo de la Nicolasa se niegan a viajar y desembarcan de la goleta.

Impaciente y receloso, Mosquera dispone replegarse a Pastelillo y hace formar a su tropa en batalla, con fusil armado, de espaldas a la playa y de frente al pueblo con Nieto. Todos avanzaban en tropel desde la calle Larga hacia el Muelle, reforzados con el contingente de carboneros de palo de Ternera que allí tenían (como hoy) sus depósitos. El gobernador iba marchando con su bastón de mando y gran sombrero alón de paja, acompañado del inseparable Lope y por amigos y parientes.

Unos "guapetones de mercado concurrieron armados para echar tajos y reveses en la calle"; y el sargento mayor José María Beltrán apuntó su arma contra el gobernador (Autodefensa, 25). "Pero yo no estaba dispuesto a otra resistencia que a la pacífica apoyado en la ley," explicará Nieto más tarde en su Autodefensa (página 13). Ordena, pues, al pueblo detenerse. Y en un momento de ira y frustración, al ver que su autoridad era violentamente desconocida, lanza un grito

Mosquera en la época de su enfrentamiento con Nieto (1854). (Tomado de Castrillón).

que espanta a los pelícanos que venían en V sobre las olas, y hace sembrar en su sitio a los presentes. Exclama:

"Conste ante todos que he cumplido con mi deber dentro de la ley y la Constitución. Los sediciosos son Mosquera y Mendoza. ¡Aquí termina la autoridad del gobernador de Cartagena!".

Entonces, haciéndole fuerza con la rodilla, rompe el bastón de mando que le habían regalado Teresa y Lope, y lanza los pedazos a la cara y pecho de los dos militares desobedientes.

Mosquera y Mendoza retroceden ante el dramático gesto del gobernador y corren a embarcarse en los botes que les llevarían a Pastelillo, mientras Lope Nieto, con lágrimas de rabia, levanta del suelo los pedazos del bastón. Fuetea éste entonces a los sediciosos con las palabras que la gente sentía pero que Nieto no podía pronunciar:

"¡Vayánse a la mierda, vergajos! ¡No vuelvan a joder más por acá! ¡Quédense con sus hijueputas cachacos matones!".

"¡Fuera! ¡Fuera! ¡Abajo Mosquera! ¡Viva la revolución!", ruge el pueblo en la playa, mientras los negritos más atrevidos recogen chinas y conchas de erizo y tentáculos secos de estrellas de mar para tirárselos como proyectiles a los soldados mosqueristas. No había mayor peligro: los más bravos de los veteranos que apoyaban a Nieto sólo hicieron ruidosas salvas al aire o al agua con sus oxidadas armas.

Al alejarse los botes, pasa el nubarrón y los pelícanos vuelven a formarse en V. Nieto ha evitado por segunda vez que se masacre al pueblo cartagenero y los artesanos. Pero el gobierno constitucional no lo apreciará así y se negará a hacerle justicia, aunque el coronel lo solicite repetidas veces, más adelante. Sólo en 1865 le llegará, por fin, un homenaje adecuado: la espada de honor decretada por el Congreso Nacional. Mas esto ocurrirá cuando Nieto ya está al borde de la tumba.

> Ni en El Carmen ni en Sampués ni en el resto de sabanas pasó nada importante en esos meses de contrarrevolución. Los tabacaleros estaban contentos y encantados de la vida porque subía la producción de la hoja y aumentaba la exportación y la plata. Los curas, claro, no perdían ocasión de predicar contra los rojos impíos, los ateos, los masones, los enemigos de Nuestro Señor Cristo, y la gente ignorante quedaba blandengue.

Nieto contra Mosquera: el gobernador con su bastón de mando. (Dibujo de la época, colección del autor).

La guerra era otra cosa: era de los artesanos y los militares de la ciudad contra todos los demás. No interesaba al campesinado y a los gamonales de por allí. [C]

Pero en la isla de Mompox, como supimos por cartas que nos llegaron de nuestros primos y tíos (no los de Mier nobles, los de la albarrada, a quienes poco tratamos, sino los Mier simples de cobre y hojalata), la situación se puso después muy seria y violenta. La ciudad empezó a dividirse en dos mitades enfrentadas y peleoneras: la del barrio arriba, de los liberales y artesanos del oro y la madera, donde vivían los Troncoso, los Piñeres y otros copartidarios; y la del barrio abajo, de los conservadores y artesanos de la greda y el ladrillo, separada de los demás por la calle del Colegio, donde vivían los Germán Ribón, Rodríguez, Prados y otros del mismo bando. Ahora, ¡ay del que se pasara de un barrio al otro! Piedra, garrote y trompada recibiría. Hasta desconocieron al expresidente López su aporte a la caída de Melo, pues en las fiestas conservadoras se celebraba sólo la entrada de Mosquera y Herrán a Bogotá, no la de José Hilario.

Ya ven que los liberales habían hecho la guerra contra Melo para que los conservadores ganaran el gobierno. Supieron pronto que el que tiene el palo da con él. Algunos hipócritas decían que esa revuelta de Melo no podía haber salido bien porque "el jefe que la encabezaba es un mal marido y un hombre que trata mal a su mujer". ¡Vean ustedes! Según eso, el Ejército constitucional de la Costa estaba también perdido como jabón en agua honda a causa de sus cuatro generales, empezando por Mosquera y su querida Susana.

La misma pelotera política empezó a ocurrir en los pueblitos cercanos a Mompox, como San Sebastián y San Fernando, el primero totalmente liberal por sus gamonales, el segundo ya todo conservador. Mucha gente se salió del partido rojo-impío, como el cura Manuel Díaz, de San Martín de Loba, quien aconsejó a las niñas conservadoras distinguirse de las liberales colocándose la flor en el cabello del lado derecho y no en el

ciones ventajosas, nombramientos y oferta de nuevos elementos de prestigio, sea por la amenaza de la represión frontal, la persecución, la cárcel y la muerte.

Esta posibilidad real de cooptación convierte a la antiélite ideológica en un caballo de Troya dentro de las organizaciones revolucionarias: resulta también peligrosa para éstas, desde otro punto de vista. Lo que parece positivo con las antiélites para efectuar un cambio a fondo, puede convertirse en negativo. Porque las antiélites albergan gérmenes contrarrevolucionarios a causa de la implícita incapacidad que tienen de negarse a sí mismas y pasar por alto totalmente su origen de clase. No obstante, pueden superar su condición contrarrevolucionaria potencial, como lo hemos visto en nuestros días en el caso de Camilo Torres Restrepo, la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional a la cual perteneció, y los contingentes directivos de su movimiento —el Frente Unido— que en 1965 sacudieron profundamente los estamentos del poder tradicional en Colombia. Pero esta superación no es fácilmente anticipable, y por ello no parece conveniente bajar las defensas de los movimientos revolucionarios sobre este particular.

[B] Los artesanos, en cambio, hubieran desarrollado una antiélite propia de clase, si hubieran tenido más tiempo. Gracias al impulso educativo inicial recibido de la antiélite ideológica y al trabajo de la Junta Central Democrática —la exogénesis de la conciencia de clase—, los artesanos lograron articular su propio liderazgo, el cual se hizo presente, prácticamente solo, en las etapas culminantes del proceso revolucionario. Hicieron un trabajo impresionante como grupo de vanguardia: fueron capaces de llegar al poder y desplazar a las clases dominantes tradicionales, algo que no ha vuelto a ocurrir en nuestra historia.

Sin embargo, también el papel de vanguardia que tomaron los artesanos en ese momento puede verse como un acto estructural espurio. La formación social nacional se estaba dirigiendo hacia un sistema capitalista dependiente en el que la artesanía ocupaba lugar secundario. Teóricamente, sólo un proletariado (industrial) debía haber ocupado aquella posición de vanguardia. No existiendo en la Nueva Granada, la revolución socialista propuesta quedaba sin su actor histórico principal y éste no podía suplirse por aquellos cuyas formas de producción se justificaban sólo en una formación social distinta.

del izquierdo. Y a los hombres conservadores les dio la orden de dividirse el pelo y trazarse el camino del peinado por la derecha, y no por el centro ni por la izquierda como hacían comúnmente los liberales y el resto de personas.

Este cura Díaz resultó más papista que el papa, que hasta el gobernador conservador Juan Antonio Calvo le pareció desteñido. Un día, con la ayuda del gamonal Pedro Jiménez, encabezó un movimiento [el 20 de marzo de 1858] en el Hatillo de Loba. El gobierno mandó un destacamento desde Mompox para dominarlo, al mando de José de la O Cerezo y del propio juez del hatillo, Domingo Martínez, que había salido huyendo. El padre Díaz, con sus parroquianos armados, le gritaban desde un cerro al juez cuando lo vio venir con la tropa por el río: "Ño Domingo, aquí tiene usted al padre Díaz para que lo coja. Aquí estoy dispuesto, so maldecido, venga a cogerme...Todo lo que ha hecho el prefecto en Loba y la fuerza que ha dejado me la meto entre el culo". A los dos meses de aguantar, al fin tuvo que entregarse y lo encontraron escondido en el chiquero de su casa.

¡Pobres Palomino y Pinillos! Ya dejaron de hablarse sus vecinos porque en los de Palomino pesan más los conservadores de Mompox mientras que los de Pinillos han mantenido vínculos con los liberales momposinos para defender los intereses del pueblo. Una gente que era tan unida antes, que habían salido juntos de la Valerosa huyéndole a Carmona, ¡ahora quedan de enemigos por lo que hacen o dicen los doctorcitos de la ciudad! Por las promesas de tierras y dineros de las ventas de productos, por puestos en las alcaldías, por evitar pagos de empréstitos forzosos, por no dejarse embargar los bienes. En fin, por salvarse de la violencia política desatada por los gamonales enfrentados a causa de Melo y los artesanos.

Agustín y yo empezamos a pensar seriamente en traernos a mamá Tina desde Palomino, pues ya no estaba de buena salud y los peligros podían ser mayores. Muchos nos decían que teníamos que hacer algo para defender nuestros intereses y propiedades de los comunistas y socialistas que amenazaban con

Este *desplazamiento de vanguardias* también resultó ser, a corto plazo, otro elemento contrarrevolucionario, uno no anticipado en la práctica, aunque podía preverse teóricamente. Claro que, en las circunstancias de la realidad, a los artesanos no les quedaba otro camino que hacer la revolución y ocupar una posición de liderazgo vacía. Y en esto fueron heroicos y audaces. De haberse sostenido en el poder, de sus manos e intenciones hubiera surgido un país distinto del que tenemos hoy, quizás menos señorial y más democrático, con un desarrollo manufacturero temprano y autóctono, menos monopolizado y más justo y, por lo mismo, más rico y próspero. Así puede deducirse de algunos decretos dictados por Melo en su corto periodo de gobierno. Pero no se habría realizado la revolución socialista que se anticipaba entonces, aunque quizás se habría preparado mejor su futuro advenimiento.

[C] La acción rebelde de los artesanos no podía sostenerse sin naufragar en el mar de la reacción representada por el campesinado tradicional (no colono) controlado por curas y gamonales conservadores, exacerbados por la campaña anticlerical de 1852. La *estructura señorial de la tenencia de la tierra,* de donde todavía se derivaba en buena parte el poder político, se había estremecido con las olas de colonización que creaban millares de nuevos pequeños propietarios libres en varios bolsones de latifundio; pero no se había puesto en peligro en los lugares de antigua ocupación, con la revolución del medio siglo. Apenas los indígenas andinos habían visto un cambio importante en la organización de los resguardos, pero ese cambio no les fue favorable. Las tendencias al latifundio y al monopolio explotador de la tierra siguieron allí imperturbables. La burguesía comercial, aliada de los terratenientes (o ella misma convertida en terrateniente), no podía ser derrotada sin destruir sus fundamentos rurales antiguos y sus raíces agropecuarias. Esto lo sabían los artesanos. Por eso una de las primeras tareas realizadas por Joaquín Pablo Posada como editor del periódico oficial de la revolución, fue preparar y publicar un *Catecismo político de los artesanos y campesinos.*

Pero en el campo, la población no colonizadora seguía aferrada al señorío y al clero. De esta ancestral reserva contrarrevolucionaria surgieron los once mil soldados con armas y bastimentos adecuados que apabullaron a Melo y los artesanos el 4 de diciembre de 1854 en Bogotá. Era casi todo el país tradi-

> tomárselos desde el nuevo gobierno de Melo. Pero decidimos proceder con calma y esperar un poco para ver qué más pasaba.

Herido en su amor propio como gobernante y como persona, Nieto considera por un momento rebelarse abiertamente con las armas; pero desiste. El absurdo aislamiento de Melo en Bogotá, el control del río Magdalena por la flotilla mosquerista, la pusilanimidad de Obando, el silencio del doctor Obregón, todo esto le sobrecoge. ¿Para qué levantarse en armas si ya la revolución parece perdida, si no se la está llevando por donde debe ser? [D]

Escribe, en cambio, un informe defensivo al gobierno de Ibagué sobre sus más recientes actos, y el 16 de junio redacta una carta protestando por la ilegalidad del nombramiento de Mosquera como comandante general ("dictador") de la Costa y los abusos que venía cometiendo.

Ya era demasiado tarde para seguir disimulando sus verdaderos sentimientos revolucionarios. Mosquera había enviado negras noticias al designado Tomás Herrera sobre lo ocurrido en Cartagena, así como copia de la comprometedora proclama de Nieto del 6 de mayo. Herrera, por decreto presidencial del 12 de junio de 1854, suspende a Nieto en el ejercicio del destino de gobernador de la provincia de Cartagena y emplaza a la Corte Suprema de Justicia para que estudie el caso y fije el tiempo de la suspensión y otros castigos de acuerdo con el Código Penal.

Al recibir en Cartagena este decreto el 25 de junio, Nieto no ofrece resistencia alguna. Entrega el cargo al anciano designado, don Manuel Marcelino Núñez (quien más adelante lo transmitirá a su hijo Rafael, de vuelta de Bogotá una vez consolidado el gobierno constitucional, a pesar de las protestas de la Cámara provincial aún dominada por draconianos), y pide asilo en la casa del cónsul británico.

Este dramático paso al asilo político lo explicó así Nieto en su Autodefensa (páginas 8 y 9): "Lo hice, no por temor, sino para evitar el compromiso a que pudieran arrastrarme en aquel momento de peligro, las primeras impresiones del pueblo liberal, causadas por mi suspensión en el ánimo de mis copartidarios [...] El 25 de junio contaba con la Guardia Nacional en servicio y con una pujante mayoría del pueblo liberal que estaba ya desengañada del carácter de la cuestión y que se había pronunciado a haber yo querido acaudillarla".

cional contra una minoría en el poder, una situación en verdad insostenible. Y de aquella caverna reaccionaria vino también el castigo implacable, la violencia contrarrevolucionaria que se desató como un huracán por todo el país, en 1855.

¿Sería la de 1854 una revolución prematura? No. Las revoluciones ocurren dentro del proceso histórico-natural a causa de mecanismos propios muchas veces inevitables. Si vienen, vienen, y en el capítulo anterior estudiamos algunos de estos mecanismos. Pero si la de 1854 se juzga por los elementos estructurales descritos, y por los resultados concretos de ella, se verá que no podía llegar a las metas originalmente concebidas o propuestas. Los hechos ocurren de acuerdo con una dinámica amplia que sólo el proceso histórico-natural, que es laxo y rico en avenidas, va determinando. Además, lo coyuntural y aleatorio interviene en los hechos; esto no puede pasarse por alto. Y lo coyuntural ayuda no sólo a explicar las razones del fracaso de la revolución del medio siglo, sino también a comprender la tremenda potencialidad de la aparición de ésta en la historia colombiana.

[D] 2. *Elementos coyunturales*. En el caso de 1854 hubo *fallas de liderazgo*. Sobresalen dos personalidades a las cuales se le echa, con frecuencia, la culpa del desastre: Obando y Melo. A Obando se le acusa de ambiguo y tortuoso; a Melo, de indeciso y falto del talento de estratego. Es posible que estos cargos sean ciertos. Lo cual destaca una vez más (como lo veremos en el próximo capítulo) la importancia de contar con líderes verdaderamente eficaces que logren hacer culminar los esfuerzos revolucionarios.

De mayor trascendencia fue la *falla organizativa* representada en el aislamiento de la Junta Central Democrática en los momentos cruciales de la revolución. La idea de la coordinación nacional de las Sociedades Democráticas era brillante y, llevada a la práctica bien, hubiera dado mejores resultados que el pobre destello de luciérnaga de la etapa final. Por ejemplo, existía la rica veta estructural de rebeldes en potencia representada en los pequeños campesinos libres. ¿Qué hacer con ellos y cómo atraerse a los colonos que se habían escapado o querían escaparse por los resquicios del sistema? Evidentemente, existían las dificultades reales de los malos caminos de mula y trochas impasables, las sequías de los ríos, los accidentes de las selvas, para poderse comunicar con comunidades lejanas como San

Al segundo día, no obstante, abandona el consulado británico, escribe una airada protesta por su suspensión, y ayuda a sus compañeros y familiares a hacerle frente a la represión que ya se anunciaba. En efecto, llega de Colón el general Posada Gutiérrez "como salvador de la patria", con 36 trabajadores disfrazados de soldados que empiezan a puyar a la gente conservadora de Cartagena para que castigue a los rojos-impíos y a los artesanos. Arman entonces a los negros godos de Chambacú para que vayan a golpear a los negros liberales de Ternera y Alcibia. Y aquí entran a allanar la hacienda de Nieto y a robarle no pocas pertenencias.

Pero, por lo menos, a ningún artesano de Cartagena lo enviaron a trabajos forzados en Panamá como ocurrió con los de Bogotá una vez abatido Melo el 4 de diciembre de 1854 por los ejércitos coligados del norte y del sur. Evidentemente, Nieto salvó a los trabajadores de su tierra por la forma como manejó los incidentes del 5 y 26 de mayo, como un caudillo-anticaudillo opuesto a la violencia oficial, para quedar en cambio él mismo responsable de los actos de insubordinación. Fue algo que los artesanos no olvidarían, así su fe política hubiera quedado destrozada por la traición de los "calzados" y la tromba contrarrevolucionaria de ese año.

La acusación contra Nieto por prevaricato (y luego contra otros gobernadores melistas) se hizo en Ibagué el 1o. de septiembre por el entonces Procurador general de la nación, don Lino de Pombo, quien apeló a todos los adjetivos posibles: "Sordo a la voz del honor y del patriotismo, contemplando impasible el inminente naufragio de las libertades públicas, apura la chicana [...] el gobernador Nieto hay que considerarlo comprometido, de tiempo atrás y de todo corazón, en el nefando plan de trastorno revelado en parte al país el 17 de abril y condenarlo como fautor y cómplice de sus caudillos". "Alentó el espíritu revolucionario haciendo creer que el movimiento de la capital había sido obra del pueblo, y sopló la misma llama en el pecho de los militares al recordarles verdaderos o supuestos ultrajes".

Los congresistas conservadores repetían contentos, como loros picando guineo: "El gobernador Nieto, haciendo causa común con los traidores y conculcando sus más sagrados deberes, se pronunció por la Dictadura". Y así por el estilo.

Al volverse el gobierno de Ibagué a Bogotá a finales de 1854, asumió la procuraduría el doctor Florentino González, el terror

El exministro Florentino González, acusador de Nieto y otros melistas en 1855.

de los artesanos por sus triunfantes tesis sobre el libre cambio. Ya se iniciaban los procesos públicos contra Obando, Melo, los colaboradores de su gobierno y los artesanos envueltos en la revolución, en los cuales actuarían como acusadores antiguos liberales socialistas y masones: Salvador Camacho Roldán, José de Obaldía y José María Samper, entre otros.

Nieto viajó entonces en abril de 1855 a la capital para defenderse ante la Corte Suprema, la cual iba a estar presidida por nadie menos que el expresidente José Ignacio de Márquez, contra quien había peleado en la guerra de 1841. Gracias al bien redactado informe que Nieto había enviado el 27 de mayo de 1854 y a las declaraciones de muchos militares y hermanos masones —y a pesar de la valiente defensa que allí hizo de Melo y Obando y del informe negativo de Mosquera—, Nieto fue absuelto de prevaricato según sentencia del 6 de junio de 1855; pero fue condenado por el delito de obstrucción (por haber dificultado la salida de la tropa con Mosquera) y debía pagar las costas del juicio y una multa. Apeló infructuosamente (sentencia del 6 de agosto siguiente), haciendo ver que por esta sentencia "la autoridad civil cae ante las bayonetas", como ocurrió en los muelles de Cartagena. Escribió entonces estas proféticas palabras, que dicen mucho del carácter del hombre:

"El partido liberal triunfará más tarde o más temprano a despecho de los apóstatas que lo han traicionado por cobardía o conveniencia. Entonces sabrá hacer distinción entre los que le hayan quedado fieles y los que cobardemente le hayan vuelto la espalda. Aguardemos y esperemos, ha dicho el célebre Alejandro Dumas". (Autodefensa, 43).

> En 1855 fue el mierdero. Fue el año de la venganza conservadora y de los que pensaron que iban a perder sus propiedades, por el susto que les pegaron los socialistas y draconianos en el gobierno. Los conflictos de ese año dejaron chiquita la guerra de 1830 en que mi papá, el cura Arias, había peleado, y también la de 1841 cuando huimos de Mompox con mamá Tina. En esos días, por lo menos, se respetaban las cosas y las vidas de los habitantes de los pueblos y no había ganas verdaderas de hacer correr sangre, ni ansias de odio como las que se sintieron en 1855, al caer los liberales y artesanos. En el aire se sentía un revanchismo tremendo, un afán de martillar, como si se

Martín de Loba y Pinillos, cuya historia de rebeldía contra los poderosos venía de muy atrás. Pero estas condiciones no fueron vencidas por la Junta Democrática y quizás ni siquiera consideradas por ella. En cambio, los enemigos de la revolución lograron superarlas. Se confirma así, de todos modos, la crucial importancia que tiene la organización popular —y su coordinación nacional— para los fines revolucionarios.

Hubo, además, un *elemento de suerte* que se convirtió en vital: la vuelta de Mosquera desde Nueva York con cartas de crédito listas a usarlas para la obtención rápida de recursos y armas. No parece justa la acusación que se le hizo de que estaba enterado de los planes de Melo, y quizás tampoco la de que quería "levantarse" con los estados de la Costa. Eran muchos los planes personales y familiares de desarrollo económico y empresas particulares que tenía Mosquera en su cartapacio, para arriesgarlo todo en un nuevo conflicto. Pero su llegada, con aquellos recursos, dieron a la contrarrevolución un impulso inesperado después de las primeras derrotas en Zipaquirá y Tiquiza.

Por último, se registran las *tendencias antimilitaristas* de la época. En otras circunstancias y en otros países, los militares habrían sido vistos como elementos positivos del orden social, como una última defensa del sistema político existente. No en la Nueva Granada de mediados del siglo pasado, donde había toda una campaña montada para acabar con el ejército nacional, encabezada por los liberales gólgotas. A los militares de carrera, como Melo, se les veía como parásitos que había que exterminar. El prestigio de los militares de la Independencia se había desvanecido.

Y he aquí que, por las circunstancias de la revuelta de los artesanos, estos militares desacreditados se constituyeron en aliados de la revolución. Para los grupos dominantes desafiados se completó así el cuadro justificativo de su reacción: había que acabar con la revolución de Melo para abatir al ejército indeseable, de una vez por todas. Y esta acerbidad antimilitarista explica la violencia de los jefes civiles convocados, de los expresidentes, letrados y juristas coligados para acabar con el dictador militar y, de paso, destruir también a los artesanos.

Podía verse, pues, como una decisión contrarrevolucionaria de los artesanos el haberse aliado a un ejército desprestigiado y en trance de desaparecer para bien y progreso del país, con un sector cuya ideología autoritaria y violenta no era en realidad

quisiera destripar a talonazos un escorpión venenoso. Entonces vimos claramente que los dos partidos políticos que conocemos, en vez de sólo producir paz, trabajo y prosperidad para el pueblo, son madre de violencia; que los gamonales son ejecutores de esa violencia, y los militares los que la respaldan y agudizan. Son como cucarachas de un mismo calabazo.

Mompox, por ser tan importante y central, fue de los lugares que más sufrió de la revancha, y por eso al fin nos trajimos a mamá Tina de Palomino. Murió poco después en El Carmen a pesar de los emplastos que le puse en los muslos, las ventosas en la espalda, las sangrías y las tomas de yerbas que le di. Murió de vieja. Ella fue quien nos relató los sucesos de las elecciones de 1855, y quien nos abrió los ojos a lo que estaba ocurriendo en el campo, con copia impresa que trajo de una carta escrita por un liberal momposino. Enseguida la sacaré del baúl para mostrárselas. Oigan esto:

"Mompox gime hoy 10 de agosto [de 1855] bajo la más humillante opresión. El fusil y el garrote han sustituido al bastón del magistrado y la ley de las balas y el puñal es la que se observa por los que se titulan conservadores del orden, constitucionales de hoy [...] El gobernador Flores no ha podido gobernar, y tampoco ha hecho nada el general Mosquera quien se encuentra de paso por aquí.

"En Mompox el partido liberal anduvo tan descuidado, que sirvieron en estas elecciones las listas que el jurado apostólico-conservador de 1854 (que había anulado 12 registros con cuidado cristiano de excluir más de 150 electores liberales) formó a su antojo.

"Era público el anuncio de que las elecciones nacionales [de 1855] se harían a fuego y sangre, según la expresión de los conservadores. Llegado el 30 de julio, los conservadores aparecieron desde temprano en actitud amenazante. Empezó la votación y cuando se convencieron de que los liberales tenían mayoría, se dirigieron en grupo al primer jurado y atacándolo a mano armada con piedras, garrotes y puñales, lo disolvieron, persiguieron a los jurados hasta adentro de las casas en que habían salvado la urna, entraron

Vista del puerto de Mompox.

a la casa del alcalde, registraron escaparates y baúles y cogieron últimamente la urna.

"A la cabeza de este movimiento estaban Gregorio Rodríguez, J. M. Gutiérrez de Piñeres, Gregorio E. Mulet, el presbítero Pedro Aguilar y otros motineros que llevaron como en triunfo la urna y gritando, ¡viva, el pueblo es soberano!, la rompieron y la arrojaron al río.

"Los amotinados se apoderaron entonces de la barra del 2o. jurado. Ningún liberal podía entrar a votar porque no había por dónde, y si pretendía abrirse paso, el garrote se presentaba a detenerlo [...] Por supuesto, cada conservador votaba dos o tres veces, desde que el general Mosquera hizo entender que los transeúntes podían votar aunque su nombre no estuviera en la lista. Era cosa de reír y de irritar a la vez, observar que vecinos conocidos de Mompox votaban en calidad de transeúntes. Hubo también electores niños, electores locos, electores ebrios.

"Al siguiente día los miembros del jurado protestaron ante un juez. Los conservadores del orden celebraron su 'triunfo' con vivas, mueras y ramas de jobo, apurando hasta la exageración su regocijo en el barrio de abajo.

"El aspecto de la ciudad era totalmente bélico. La botica de Rodríguez, centro de acción, tenía siempre allí los individuos más dispuestos a anarquizar. Se hizo al fin una reunión con los liberales (encabezados por Pedro Blanco García) en la cual la pretensión singular de los conservadores fue que todos los poderes provinciales se dividieran en dos partes: una conservadora y otra liberal; de manera que al pobre gobernador había que dividirlo para inocularle en una mitad la 'conserva'. La reunión no duró ni diez minutos. A la salida, se anunció por un grupo conservador que estaba en la puerta, 'que la sangre llegaría a los pechos'. Fueron a sembrar la exaltación al barrio de abajo.

"Habiendo perdido los conservadores, querían como último recurso impedir el escrutinio. Con tal objeto desde muy temprano, el 8 [de agosto] se reunieron muchos en la plazuela de la Compañía [hoy de la

Mompox. Plaza de la Compañía, hoy de la Libertad, sitio de los incidentes por las elecciones de 1855.

Libertad], lugar en que iba a verificarse el escrutinio, armados de chopos, escopetas, puñales, garrotes, etc., mientras que otros recorrían las calles atacando a los liberales que indefensos llegaban a presentarse a su vista. A las doce de la noche, cuando la mayor parte de la población dormía, los traicioneros y villanos conservadores atacaron la botica del Sr. Francisco de P. Ribón dando balazos a sus puertas, así como a las ventanas del Sr. Blanco García. Resultaron seis heridos, dos muertos.

"El día 9 a las once del día aún paseaban las calles buscando liberales como cazadores que acechan venados. Al grito de 'muera el tirano' [el gobernador Flores], los amotinados tomaron el parque, se armaron todos, pusieron centinelas en las calles, dieron grados militares y organizaron un gobierno de bayonetas que tiene aún hoy la ciudad en anarquía. El gobernador Flores tuvo que saltar paredes para salvarse ese día. Los liberales han tenido que, o refugiarse en casas extranjeras, o huir para fuera de la ciudad.

"Soy ya demasiado extenso; y lo sería aún más si no temiera cansarlos; pues hay tanto que decir, que no dan ganas de soltar la pluma".

Lo mismo ocurría en otras partes del campo, según nos decían, a impulso de los gamonales vengativos. Todo esto nos llevó a desilusionarnos de los dos partidos y a apartarnos todavía más de la refriega política. Más importantes y satisfactorias eran nuestras ocupaciones: la botica, la banda, la agricultura. Con las guacas o entierros de los indios zenúes que descubríamos de vez en cuando en las sabanas, me había interesado también en el oro y la minería. Por allí cogería en el momento menos pensado...

De vuelta en Cartagena, molido por la revolución del medio siglo y golpeado por la contrarrevolución, Juan José Nieto renuncia a ser postulado de nuevo como candidato a gobernador —sigue en turno el conservador don Juan Antonio Calvo— y, con su innata generosidad, le abre el camino a Rafael Núñez para que vuelva a ser representante a la Cámara y, eventualmente, ministro de Estado.

Nieto pasa así al invernadero político por cuatro años para recuperarse de los reveses hasta cuando la historia vuelve

compartida por los trabajadores y los civiles comprometidos. Pero, de nuevo, éstos no tenían otra salida sino usar al ejército tácticamente para alcanzar las metas revolucionarias. Y lo usaron como apoyo a las milicias armadas propias que organizaron los artesanos bogotanos para la toma del poder. La indefinida coexistencia de un ejército profesional con otro del pueblo no habría podido sostenerse, y las tendencias del momento llevaban a convertir al ejército, de todos modos, en una Guardia Nacional. Así, se habrían defendido adecuadamente las conquistas alcanzadas. Pero hemos pasado ya el campo de las conjeturas.

Si la historia es maestra de los hombres, esta experiencia contrarrevolucionaria de 1854 puede ser útil a los grupos activistas que hoy trabajan con denuedo y valentía por un país nuevo. Saber cómo se está colocado en el proceso histórico-natural es condición indispensable para tomar decisiones adecuadas con el fin de tener una visión aproximada del futuro posible. Es importante entender que la toma del poder no es (y menos el acto de violencia que la hace posible) en sí misma la revolución. La revolución es un proceso que se prepara y desarrolla, no sólo un acto. Y el llegar al poder —¡cuántos no lo saben ya!— es apenas el comienzo de otro largo calvario que, bien llevado, puede conducir a las metas postuladas.

Por todo esto, para evitar la hora negra de la contrarrevolución, conviene estar alerta igualmente a lo coyuntural, lo cual significa en gran medida trabajar con los márgenes de acción que ofrece el sistema dominante. Son los factores que, por azar o impensado diseño, puedan afectar el curso revolucionario. Esto requiere agilidad y vigilancia sobre muchos frentes a la vez —arduo trabajo que los impacientes evitan— para producir la convergencia de los diversos esfuerzos. Se necesita tomar en cuenta hasta elementos convencionales que, con una buena dosis de subversión bien hecha, se vuelvan positivos para el necesario y justo cambio estructural. El enfrentamiento con el sistema dominante injusto y represivo no es simple ni sólo frontal. Tiene muchos vericuetos, salidas y troneras, sectores y facciones, élites y antiélites que obviamente deben tomarse en cuenta.

Si esta convergencia táctica, pluralista y de muchos frentes no es posible por el dogmatismo o sectarismo de algunos, se abren paso de nuevo aquellas frustraciones contrarrevoluciona-

a tocarlo y es despertado en su hamaca, en la casa de Alcibia, a medianoche por un grupo de conspiradores sabaneros, de El Carmen, Momil y San Antero, que quieren que les mande. Llegan encabezados por un joven atrayente, de grandes ambiciones: un pichón de caudillo llamado Ramón Santodomingo Vila, uno de los fundadores del poderoso linaje de los Santodomingos de hoy.

rias que, por más de una vez, han impedido transformaciones fundamentales en nuestro país, como lo señaló, en sus días, el sociólogo y excanciller de la república Luis López de Mesa (*Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, Bogotá, 1955, 70-71; cf. también las diez grietas del sistema planteadas por Eduardo Santa, *Sociología política de Colombia*, Bogotá, 1964, 95-118).